LA NOVELA CORTA

10 cts.

EL SUICIDA ASESINADO

COLOMBINE

N.º 339
Año VII

LA NOVELA CORTA

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUÍA

Madrid 3
Junio 1922

ADMINISTRACIÓN: MADRID. — CALVO ASENSIO, 3. — APARTADO 8.008.—TELÉFONO J-624

El más ilustre de los saineteros contemporáneos, gloria de la escena española

Carlos Arniches

publicará en LA NOVELA TEATRAL sus popularísimas comedias

LA POBRE NIÑA
LOS CACIQUES
LA HEROICA VILLA
LA CHICA DEL GATO
ES MI HOMBRE

LOS CACIQUES

se publicará mañana domingo.

30 céntimos.

LA CHICA DEL GATO se publicó el día 16 de Abril.
LA HEROICA VILLA se publicó el día 23 de Abril.
ES MI HOMBRE se publicó el día 7 de Mayo.
LA POBRE NINA se publicó el día 14 de Mayo.

El suicida asesinado

NOVELA INÉDITA

Carmen de Burgos (Colombine)

I

Los golpecitos discretos, dados con los nudillos en la puerta de su cuarto, lo despertaron, como todas las mañanas, anunciándole que eran ya las diez.

Manuel se sentó en la cama a tomar el desayuno que le traía la criada en la bandeja de metal, mientras ella abría la ventana, por la que entró el sol, alumbrando toda la habitación.

—No tanto... no tanto—suplicó con los ojos aun medio cerrados.

—Así—indicó cuando la luz estuvo más velada.

La sirviente recogió los zapatos para llevarlos a limpiar y le preguntó, como quien tiene la seguridad de que el dormilón no ha de levantarse aún:

—¿A qué hora lo llamo?

—A las once.

Dejó la bandeja sobre la mesilla de noche, cuando la mujer hubo salido, y tomó el "Diario de Noticias", que le había dejado sobre la cama.

Tendido, empezó a pasar la vista por las columnas del periódico, antes de volver a dormirse, ensoñorrado y con escaso interés.

De pronto su rostro se animó, se incorporó y volvió a comenzar de nuevo el suelto que le había hecho estremecerse:

"LOS MISTERIOS DE LA BOCA DEL INFIERNO"

Leyó:

"*Cascaes*, 20.—Continúan llegando gentes de Lisboa y de los pueblecillos cercanos para ver el cadáver encontrado cerca de la "Boca del Infierno". Son conmovedoras las escenas que se desarrollan entre las personas que acuden inquietas y temiendo reconocer en el infortunado alguno de sus deudos, pero el cadáver aun no ha sido identificado."

El sueño de Manuel se había desvanecido por completo con aquella lectura.

Se echó fuera de la cama. Llamó al timbre y pidió los zapatos y el agua caliente, con no poca sorpresa de la camarera, que conocía su pereza. Aquello era inusitado en él. Manuel se vistió rápidamente. Desde que llegó a Llsboa, del Algarve, soñaba con que se presentase un servicio policíaco en que él se pudiera lucir, descubriendo uno de esos misterios que resultan casi impenetrables, y que hacen la reputación de un detective.

Le habían ya llamado la atención muchas veces aquellos sueltos de cadáveres

Las novelas «inéditas» que publica esta Revista son pagadas como INÉDITAS, y consideradas como tales bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

encontrados en la proximidad de "La Boca del Infierno", en Cascaes, y en toda la Rivera donde los conducían las olas.

Se fué a su pupitre, buscó entre sus papeles y sacó un cuaderno lleno de recortes, que se metió en el bolsillo.

Una hora después estaba en presencia del Director General de Policía.

—¿Qué hay—le preguntó éste, mirándolo por cima de sus gafas.

—Acabo de leer este suelto.

Extendió ante su jefe el "Diario de Noticias". El Director le dirigió una rápida mirada y respondió:

—Sí, ya lo he visto.

—¿Y no cree usted que aquí hay oculto algún crimen?

—No... Algún imprudente que se acercó demasiado a la orilla o que se arriesgó demasiado lejos con la baja marea. Estos días tiene lugar una de las dos más altas mareas del año. El equinoccio de Primavera. Ayer tenía el Tajo cerca de cinco metros más de altura. Una enormidad.

—¿De modo que usted lo cree un accidente?

—Casi me atrevo a asegurarlo. Además el mar estos días ha estado bravío. Quizás algún marinero.

—Eso no.

—¿Por qué no?

—Mire usted.

Mientras el Director hablaba, él había leído un suelto de "O Seculo."

"La chaqueta de pana encontrada cerca de "La Boca del Infierno" se ha comprobado que no pertenece al cadáver. Este continúa sin identificar, viste ropas finísimas, pantalón de paño azul marino. Su camisa está marcada con las iniciales F. M. y todo indica que se trata de un hombre distinguido.

Hay quien cree en la posibilidad de un crimen, y no falta quien recuerde la frecuencia con que en estos últimos tiempos aparecen cadáveres en ese lado de la costa. Esperamos que la policía tratará de descubrir lo que ya comienzan a llamarse "Los Misterios del Infierno de Cascaes".

El Director sonreía.

—Sí... ya había leído eso, y más abajo puede usted encontrar un suelto más interesante aún. Relaciona este hecho con el hallazgo del cadáver de un hombre y una mujer que aparecieron hace cosa de un mes en "Cae Agua", y habla de que un madrugador, que salió de pesca con un amigo suyo antes de ayer, vió dos hombres sospechosos que salían del Infierno y que al verlos echaron a correr y se ocultaron, saltando la tapia de la posesión cercana. Según el articulista debían ser los asesinos.

—¿Y cómo no toma usted esto en consideración?

—Porque sé hasta qué punto exagera las cosas la fantasía.

—¿Podía no equivocarse?

—No es fácil. Es usted muy joven aún. A mi edad, después de mis años de experiencia, no nos dejamos llevar fácilmente de impresiones novelescas, que la mayor parte de las veces no tienen razón de ser.

Se exaltó el joven.

—Pero yo creo que es mejor equivocarse que exponerse a que un crimen quede impune.

—¡Indudablemente!

—Por eso quisiera que me confiase usted la misiéa de investigar en ese suceso.

—Es lástima que una persona tan inteligente como usted pierda el tiempo en eso; cuando tenemos tantas cosas en qué emplearlo.

—Es que me dice el corazón que descubriría algo.

—Bien... si tiene usted tanto empeño...

—Sí. Me apasiona la identificación de esos cadáveres arrojados por el mar a la playa. Son los que menos preocupan a la gente ni a la policía. Si los asesinos fuesen sagaces, echarían siempre todos los cadáveres al mar, y ya podrían contar con la impunidad en un noventa y nueve por ciento de casos.

El jefe se sonrió de la deducción del joven.

—Tal vez no le falte a usted razón—dijo.

—Vea usted—añadió el joven—qué poco apasiona el misterio de un muerto en el mar, en comparación con cualquier asesinato en la tierra. Qué diversa es la impresión general ante un cadáver que arroja el mar y un cadáver que se encuentra en un vagón de tren, en una calle, o en su propia casa.

El Director estaba convencido.

—Sí, realmente—murmuraba.

—Es que—siguió Manuel—parece que el mar arroja cadáveres tan habitualmente como madera y pedazos de corcho. Nos parece que los asesinados en el mar no tienen más asesinos que el mar mismo: un irresponsable. Es como si él les causara todas sus heridas, los despojase de todas sus ropas y les quitase todas sus ropas.

—Bien, bien—atajó el Director—. Si tanto le interesa eso, averígüelo usted. Tiene usted mi autorización. Evidentemente es cierto que deben quedar muchos crímenes de esa clase impunes. El mar no deja huellas. Lo lava todo. Hasta el crimen.

II

Cuando llegó Manuel al Cais do Sodre, después de haber almorzado precipitadamente, ya había partido el tren. Tenía que esperar tres horas, que se hacían interminables para su impaciencia.

Comenzó a pasearse por los alrededores, entre las barracas de madera donde se vendía pescado frito y comida para los marineros y la gente del pueblo. Estuvo en el café de la esquina de la Plaza del Duque de Ferrara, llegó hasta la orilla del río; su impaciencia no le dejaba estar quieto.

Frente a la estación, en el ángulo saliente que formaba la valla, una mujer descalza, con la cabeza descubierta, estaba sentada ante una mesilla con niquiñaque y unas espuertas de naranjas. Tenía a su alrededor unos chiquillos andrajosos, sucios, con las caras negras, en la que lo único lavado, y no con agua, eran los hociquitos.

Manuel tenía sed. Le repugnaba ir a tomar una copa en el ventorro y se acercó a comprar un par de naranjas. Tuvo que esperar que despachasen a dos mujeres que habían llegado antes que él. Mientras la una pagaba, la otra mordía en la naranja, con ansia de sedienta, chupando el zumo azucarado por la herida de la corteza. Era una actitud tan sensual, que Manuel se fijó en ella. Tenía las facciones desiguales, era morenilla, llena de gracia, con los labios gordezuelos, la boca grande, de fuertes dientes muy blancos, y los ojos redondos y muy negros.

—Es curioso—dijo la compañera, de mucha más edad que ella—, la cantidad de hombres que se pierden en el mundo. Está la estación llena de gente que van a Cascaes a ver si el muerto de la Boca del Infierno es alguno de los que faltan de su casa hace días, sin saber donde se han metido,

La muchacha apartó de sus labios la naranja, exprimida como una pelota de goma, y limpiándose con un pañolillo blanco el zumo amarillo, que como una gota de miel le corría por la barbilla, repuso:

—Casi ninguno de los que se pierden vale la pena de buscarlo.

—¡Qué cosas tienes!

—Seguramente que están muy tranquilos, muy encamados en alguna madriguera.

—La verdad es que llevamos ya una racha en Cascaes de muertes misteriosas, en la Boca del Infierno.

—De seguir así, la gente va a tener miedo de ir allí.

—Pues es un lugar seguro. Siempre está el guarda y los cocheros.

—A pesar de eso... ya ves que dicen que la mañana del día en que apareció el cadáver encontraron rondando por allí tres hombres sospechosos.

—Serían algunos pobres pescadores.

—Y entonces ¿por qué huyeron, saltando una tapia para ocultarse?

—Fantasías.

—Pues el día no estaba para salir de pesca, con el mar tan bravío.

—Ya sabes que padre lo busca siempre así para pescar los sargos.

—Digas lo que quieras es muy extraño todo esto y valía más que la policía se preocupara de lo que pasa en esa costa... que no son solo asesinatos.

La joven tiró contra el suelo la naranja vacía, mientras la madre, que había ido marcando su camino con los pedacitos de corteza arrancados, comía uno a uno los gajos.

El se había metido las suyas en el bolsillo. Seguía a la joven como a un enamorado, espiando la conversación. Le gustaba oir lo que decían de aquellos asesinatos, de que fuesen una cosa popular, cuyo descubrimiento le diesen fama.

Subió al tren en el vagón de segunda en que entraron ellas. Allí la conversación era general, todo el mundo hablaba del cadáver de Cascaes, emitiendo las más extrañas versiones. Era aquél el asunto que impresionaba a todos. Una gran parte de los viajeros iban a Cascaes para ver el cadáver, con el miedo de reconocer en él algún amigo o algún pariente del que hacía tiempo no sabían.

Había allí quien esperaba ya hacía varios meses la vuelta de un padre, de un hermano, de un hijo o de un marido, cuyo paradero ignoraban. Otros que no tenían carta de los suyos; alguna que sabía que había ido por aquel lado y no le escribía. Se compadecían unos a otros, pero en el fondo de cada uno de ellos existía el deseo de que los otros encontrasen en el cadáver al que buscaban y de no encontrarlo ellos. Algunos disimulaban su ansiedad y otros, sin poderse contener, hablaban de sus temores y lloraban. Casi todos decían lo incomprensible de la larga ausencia de los que se habían ido, que eran tan buenos y tan amantes del hogar.

La mayoría trataba de engañar su inquietud.

—Quizás sea alguno de esos cadáveres que tiran al mar desde los barcos, cuando se muere alguien a bordo—decía uno.

—Pero a esos los echan metidos en un saco y con peso en los pies.

—No quiere decir nada eso. Con lo bravo que está el mar, pronto lo desnuda y lo despedaza.

—Se ha encontrado una chaqueta también.

—Pero dicen que no es de él.

—¡Quién sabe!

—No le viene.

—Como que con el agua que habrá tragado se le habrá quedado estrecha.

—Eso sería si se ha ahogado, que si lo mataron no habrá tragado ninguna.

—Pero se habrá hinchado de estar en remojo.

—Es que le está grande la chaqueta.

—Puede gustarle llevarlas así.

—Eres muy testaruda.

La madre la quiso disculpar.

—No cree lo que dice.

—La cosa no es para bromas—atajó uno de los llorosos.

—Es que la pobre está nerviosa... tiene miedo de que sea su marido...

La morena echó por medio:

—¿Miedo? ¡Vaya una lástima! De lo que tengo miedo es de que no sea y siga dándome tormento.

Manuel se levantó y empezó a recorrer los vagones. No paraba atención en la belleza de la línea. Habían pasado más de la mitad del camino. A la izquierda se veía el río, ensanchando hasta perderse en el mar. A la derecha la hermosa ribera, sembrada de lindos pueblecillos de casitas pintorescas, de lindos hoteles, rodeados de palmeras, de altos árboles y de flores. A lo lejos, cortando el amplio

horizonte, se veía la gallarda sierra de Cintra, con la inconfundible silueta del castillo de la Pena.

Sólo los extranjeros se ocupaban del paisaje. Los demás iban ocupados en el asunto de actualidad. Iban en primera y en tercera clase también multitud de personas ansiosas que iban a ver al muerto. Unas lo confesaban y otras lo disimulaban, pero en todas se veía la ansiedad que comunicaban a los indiferentes. Se miraban con cierto antagonismo unas personas a otras. Parecían jugadores a un peligroso juego en que alguno sería castigado con la bola negra. Tenían miedo de sacar aquella bola. Todos con el deseo ferviente, inconsciente, de que lo encontrasen los otros, como si no hubiese otro medio de verse libres del peligro.

III

Manuel seguía mirando aquel cadáver ante el cual habían pasado todos sin conocerlo. Hubo escenas desgarradoras, de miedo profundo, al verse ante el muerto. Algunas mujeres se accidentaron del terror de reconocerlo. En algunos momentos hubo persona obsesionada que creyó reconocerlo y lanzó un grito de dolor y espanto. Otras después de convencidas de que no era el que les interesaba, volvían a dudar al salir, para prolongar su tormento.

El joven policía llegaba a dudar. No era fácil la identificación. El mar es un cómplice de los asesinos que borra las huellas dactilógrafas y todas las huellas. En realidad un muerto en el mar era siempre un asesinado.

Se llegaba a dudar de que hubiese muerto en el lugar donde apareció. Tal vez el agua lo trajo de lejos en una de sus caprichosas corrientes. Tal vez era verdad que lo arrojaron de algún barco de los que cruzaban a lo lejos, muerto o vivo.

Aquella hipótesis racional se negaba a admitirla su sentimiento porque le parecía imposible el viaje del cadáver por el agua. Era algo así como el caminante que hubiera tenido que atravesar un bosque lleno de fieras. Se extrañaba que llegase a la orilla sin haber sido devorado por los peees.

Por eso no le extrañaba que le faltase una mano y la mitad del brazo izquierdo, a pesar de no ser grande el estado de descomposición para que se hubiese podrido la carne. Se la habrían cortado los colmillos de marfil de un tiburón.

No se podía saber si tenía erosiones de la lucha con otros hombres, porque estaba golpeado, amoratado, con la nariz chafada, y pedazos de cuero cabelludo arrancados, como los pedazos de su ropa de la lucha con el mar.

Había jugado con él el mar como con una hoja, golpeándolo terriblemente contra las rocas, tan duras, tan espinosas, por decirlo así, de aquel lugar formado por piedras volcánicas, en cuyas sinuosidades se desgarró la tela y la carne.

Lo había magullado todo, le había quebrado huesos, se le había reventado un ojo. Los picos de la piedra, agudos como puñales, habían penetrado en su carne y llegado a sus huesos. Tenía una herida tremenda en el costado. Otra en la ingle. No se podía comprobar la anchura del arma que las había producido.

La chaqueta encontrada cerca de él podía ser un indicio de crimen, pertenecer al asesino. Era el indicio que más incitaba a creer en el crimen, aunque era raro que en la agitación de las olas hubiese permanecido cerca de él.

No era suya, como en un principio se había supuesto, no por ser corta ni larga sino porque el muerto conservaba en el brazo no mutilado la manga de una chaqueta, de paño fino, igual que los jirones que le quedaban del pantalón.

Los guiñapos de camisa y ropa interior que le había dejado el mar al desnudarlo eran de tela fina.

La mano que le quedaba era cuidada y los pies acusaban un hombre poco acostumbrado a andar. Tenía puestas unas botas que le habían protegido los pies, unas botas de piel de cabritilla, nuevas, bien hechas, elegantes, que formaban

contraste con el cuerpo de mendigo maltratado. Aquellas botas reivindicaban toda la figura. Parecía que el cadáver se iba a levantar sobre ellas para andar.

¿Cuánto tiempo haría que estaba muerto cuando pareció? No podía precisarse pero la descomposición no era mucha. Lo que le hacía más lejano, más viejo cadáver era el estar como en conserva, tan lavado, tan sin sangre. No se sabía si el mar lo había lamido como bestia piadosa o si lo había chupado como un vampiro. Tenía algo de res en el matadero.

No era extranjero. No le cabía duda de que era portugués; por desfigurado que estuviese, se conocían los signos claros, característicos de la raza.

Miraba las caras de todas las gentes que se acercaban con la inocente superstición de que los asesinos van a ver a sus víctimas.

Buscó bien todos los detalles del muerto, preguntó, inquirió quién le había descubierto. Unos chiquillos y unos pescadores habían avisado, y la gente corrió a la orilla del agua para presenciar aquel juego de león del mar, que tiraba el cuerpo a la tierra y lo recogía después, como un enorme balón.

Salió a ver el teatro de lo que él creía siempre el crimen. Desde que pasó la melancólica plaza llena de palmeras que se extiende delante de la ciudadela, comenzó la carretera, que tenía algo de siniestro entre la grandiosidad de su belleza: El camino del infierno.

El iba mirando los grandes palacios, las magníficas casas de campo solitarias, donde no moraban todo el año los dueños. Aquel castillo, de pomposa arquitectura, con sus profundos cimientos en la arena. ¡Sería tan fácil ocultarse allí los asesinos!

Sospechaba de todo, vecinos, guardias, pescadores, cocheros. Tenía una verdadera obsesión

Siguiendo toda la carretera salió al descampado. Ya no había allí casas. Era la costa brava, árida, con las rocas que parecían quemadas en un terrible incendio; rocas que parecían de metal mezclado a la tierra, de lava. Daban aspecto de pinchar, de arañar, de clavarse en los zapatos y engancharse en la roca. A veces, en medio de ellas brotaba esa planta pencosa de las marinas, en la que se abre un florón amarillo o magento, para engalanar la roca.

Era un sitio impresionante. Iba recordando todo lo que se contaba de aquella costa, que no era precisamente crímenes, como decía la mujer del tren. En tiempo de la monarquía, los reyes veraneaban en la Ciudadela, donde ahora venían pocas veces los presidentes de la República. Fué allí, en aquella ciudadela, donde murió don Luis Primero, el que tuvo aquel largo entierro a través de los pueblos de la Rivera, en su magnífica carroza, hasta llegar a los Jerónimos, de un modo fantástico, en la noche, a la luz de lirios y antorchas.

Don Carlos tenía allí sus aventuras galantes con las damas de la corte que seguían el veraneo regio. Fué allí el teatro de sus amores con una marquesa española, que tomó tal ascendiente en el ánimo del rey, que obligó a doña Amelia, que se preocupaba poco de eso, a pedir al Gobierno español que la llamasen a su patria.

En aquellas aguas daba sus orzadas el yate regio, conduciendo alguna enamorada. En aquella costa había lugares misteriosos convertidos en cuevas a lo Monte-Cristo, donde había juergas secretas y el monarca pasaba las tardes en meriendas y amoríos, oyendo fados y entregándose a las locuras y los devaneos.

Pensando todo eso, que apartó de él por un momento la idea del muerto, llegó al Infierno. El negro agujero, tan profundo, con la puerta al mar y la alta ventana ojival que formó la naturaleza en el muro de roca, abriéndose sobre el azul, era, en verdad, impresionante.

Aquella puerta y aquella ventana abiertas siempre al mar y al cielo, se llenaban de espuma y de luz.

Debía ser aquella profundidad una antigua boca de volcán. El agua se precipitaba allí de un modo siniestro, revuelta y martirizada, en una contorsión dolorosa, epiléptica. Rugía, zumbaba, gemía allá en el fondo. Parecía que se quedaba allí prisionera la ola y no podía volver a conquistar su libertad. Sin duda, allí se

filtraba, profundizaba, caía dentro de las oquedades donde había de producir el fuego que fulminase y destruyese el nuevo volcán.

Por algo la multitud, que tan bien se apodera del espíritu de las cosas, le había puesto a aquel lugar el nombre de la "Boca del Infierno."

Daba idea de que salían y entraban por allí almas martirizadas, de estar rodeado de espíritus siniestros, de espíritus atormentados, crueles, perversos. Rebullía algo en aquel hervor del agua que debía quemar y consumir a pesar de su aspecto frío.

Dió una vuelta buscando huellas por la plancha de losa blanca y pulida que conducía a la orilla del mar, frente a la ventana y sobre la puerta; pero se convenció bien pronto de que era inútil tratar de hallar trazas de nada en aquellas rocas duras, que no guardaban trazos de nada.

Preguntó al guardián, que, creyéndole un turista, le ofrecía tarjetas con vistas del lugar, detalles sobre el hallazgo del cadáver.

—¡Ah! No es el primero que he visto—respondió el hombre—. Es una cosa horrible ver con qué furia se ceba el mar en los pobres cuerpos muertos. ¡Si usted viera! Estaba allí abajo, parecía que le iba a meter en el agujero; le levantaba en alto, le dejaba caer. Era una masa de carne que amenazaba deshacer contra las peñas. Al fin, derivó y lo dejó en seco sobre la roca de la izquierda. Pero luego lo cogía, se lo volvía a llevar... Los golfines esperaban allá como están ahora.

Se fijó entonces. Parecían, en efecto, los enormes peces un rebaño de ovejas negras que esperaban una presa y sintió todo el horror, todo el miedo de aquél cadáver presa de la furia de las olas. Le daba miedo hasta del guarda; se arrepentía de haber ido solo. No se atrevía a acercarse al borde de la orilla y su mano acariciaba la culata de la pistola, en el bolsillo del pantalón.

—Se puede bajar al agujero—dijo el hombre—los días en que el mar no está tan bravío como hoy. Hay una especie de escalera, por la que bajaban los príncipes, y un día, si no es por su abuela, la reina Pía, que se tiró a salvarlos, se ahogan. ¡Qué gran mujer!

Pero él ya no le escuchaba. Seguía su camino hacia el faro de Guía, convenciéndose cada vez más de que era imposible hallar indicios de nada allí. Ni siquiera había gentes de quien sospechar. No había habitaciones. Rocas áridas sucedían a rocas áridas en aquel terreno volcánico, negruzco. Las quintas de las Marinas, las enormes propiedades de la nobleza estaban allí abandonadas. El pueblecillo con sus huertas bien cuidadas y sus casas de labranza se quedaba lejos, más atrás. Allí era todo árido, salvaje; bosques de pinos espartosos, estériles, pinos marítimos, torcidos, descuidados; cedros de largas ramas puntiagudas; palmeras enanas y sequerizas.

A lo lejos se divisaba el pequeño jardín de cipreses del cementerio de Guía, donde había de ir a reposar la víctima al día siguiente. Llegó al faro. De los únicos hombres que no le estaba permitido dudar era de los torreros. Eran hombres heroicos, mártires, asesinados ellos mismos por el mar, con un naufagio continuo. Encallados en la piedra de donde sus señales apartaban a los demás.

Preguntó allí y preguntó más adelante, en *Cabo Frío*. Aquellas gentes aisladas allí parecía que lo habían de ver todo, pero ellos no veían nada fuera del mar y de las luces de los barcos sólo las luces, ni siquiera el barco.

Desde allí la vegetación cambiaba. Cruzaba sobre la alfombra mullida de plantas y flores que tapizaba toda la marisma para llegar a la casilla desierta, que, morada de un antiguo farero, parecía un faro sobre la playa de Guicho. Algunas de aquellas plantas parecían rosas blancas.

Se sentó en un pequeño porche y pidió un refresco de *Capile y gaseosa*. Se lo sirvió una niña, ni morena ni rubia, de bellas facciones, que tenía algo de flor de la marina, de planta del mar, de alga. Sobre todo, tenía la claridad de los ojos que no miran más que cielo y mar.

El espectáculo era soberbio. Se veían todas las quebraduras de la costa, toda la inmensidad del mar, y no se descubría más habitación que los faros.

Le preguntó a la niña:

—¿Viene por aquí mucha gente?

—Desde que se partió ese barco que está ahí contra la roca, esto está muy concurrido.

—¿Hace mucho que se rompió ese barco?

—El año pasado.

—¿Y lo viste tú?

—Ya lo creo.

La niña empezó a contarle el relato que había hecho ya tantas veces. El susto de aquél grito desesperado de las bocinas con que el gran barco, que, lleno de luces, parecía en la sombra una montaña, vino a encallar y quebrarse en la playa.

Se habían salvado todos, pero el gran barco de hierro se había roto como de vidrio, ante la furia del mar. Las olas lo azotaban, lo inclinaban a un lado y a otro. Lo destrozaron sin que les pudiesen arrancar la presa. Estaba cargado de petróleo y la carga se vertió en el agua.

—No podíamos comer pescado del olor a petróleo—decía la niña.

Aun quedaba allí medio casco, arrimado a un risco. Los obreros se deslizaban por las cuerdas para irlo desarmando, y sus ventiladores, sus tornillos, sus planchas y sus chimeneas se amontonaban en la playa.

Al fin, preguntó directamente:

—¿Has oido hablar de un cadáver que han encontrado en la "Boca del Infierno"?

—Sí, señor; y ayer he ido a Cascaes a verlo.

—¿Le conocías?

—No.

—¿No había estado nunca aquí?

—No.

Era inútil preguntar. Pagó y emprendió el camino de regreso. El día, que amaneció tan espléndido, cambiaba. El cielo se enfurruñaba y se ponía de un color ceniciento, casi negro, que comenzaba a velar el gallardo perfil de la montaña. No eran raros allí esos repentinos cambios de risa y de enfado de un cielo mimado por la naturaleza como un niño predilecto.

El mar tomaba un color verde venenoso, de un verde negro en el centro. Se levantaba en olas de espuma que saltaban a centenares de metros sobre la orilla, como polvo de agua, y cubrían las pequeñas ensenadas de espuma blanca. Parecía que se formaban en el mar profundidades y remolinos como el de la "Boca del Infierno".

La contempló con miedo otra vez. Con aquel ruido atronador, aquel hervidero profundo, el rebullir de espumas, lo de atormentado de revuelto de espasmódico que había allí. Una convulsión dolorosa, inacabable, que martirizaba la vista y los nervios: un infierno.

IV

Aunque sin gran fe de conseguir nada, porque conocía el miedo de la gente a enredarse en declaraciones y cosas de juzgado, el joven policía había hecho citar para ver el cadáver a todos los hosteleros de las cercanías.

O ninguno lo conocía o no quiso darse por entendido. La justicia, con sus procedimientos, se hacía una cosa indeseable que trataban de evitar todos.

Al fin, un mozo de cuartos de un hotel de Monte-Estoril, exclamó:

—¡Yo lo conozco! ¡Pobre señorito Francisco. Tan bueno como era!

Gracias a aquello se logró identificarle. Manuel había conseguido el primer triunfo. No se había equivocado en sus deducciones.

El muerto era portugués, pertenecía a una familia hidalga de Braganza. Hijo

único, heredero de una gran fortuna, todo hacía suponer que su muerte debía ser un asesinato.

La madre insistía en esa suposición, igual que él.

—Mi hijo era un santo—decía—; jamás me dió un disgusto; fuera del de no querer habitar nunca con nosotros en nuestra casa solariega.

—¿Hacía mucho que faltaba de allí?

—Un par de años ya.

—¿Y a qué lo atribuía?

—Decía que no le gustaba Braganza. Tenemos allí un palacio del siglo XVIII, con un gran parque lleno de áboles seculares, criados, todas las comodidades y no quería estar allí. No le gustaba más que vivir al lado del mar. Sólo en invierno solía acompañarnos a Sierra de la Estrella, porque decía que la Sierra, nevada, le recordaba el mar.

—¡Es extraño!

—Un sino fatal. No me cabe duda de que mi pobre hijo ha sido asesinado.

—¿Tenía dinero consigo?

—No le faltaba jamás.

—¿Y alhajas?

—Su reloj. No era aficionado.

—¿Padecía alguna enfermedad, algo que le disgustara de la vida?

—No.

—¿Amores?

—No le he conocido ningunos que no fuesen triviales, sin impotancia.

—Hay que investigar su vida en estos últimos tiempos.

Interesado profundamente, Manuel comenzó la peregrinación en pos de los recuerdos de Francisco Mendoza. Era el seguirlo un viaje por todo el litoral. El joven había vivido en la playa de la Granja, en Buhorcos, en Figueiras, en Sayos y en la Playa de la Roca. De norte a sur. Desde Oporto al Algarve. Siempre había vivido al lado del mar.

El, en los últimos tiempos, había habitado en Estoril, seducido por aquel ambiente claridulce, apacible; por la belleza de sus bosques de pinos, del magnífico parque florido, que da la idea de pasear sobre el lienzo de un enorme cuadro. Su vida allí era sencilla. Salía poco de su cuarto. Escribía mucho. Casi nunca iba a Lisboa. No se le conocían amigos íntimos ni amores.

—¿Jugaba?

—No iba jamás al casino.

—¿Bebía?

—Sólo vino y le duraba la botella dos días.

—¿Tenía buena salud?

—Excelente, y buen apetito.

Pensó en la cocaína y en la morfina.

—¿Hacía una vida regular?

—Siempre se levantaba, se acostaba y comía a las mismas horas.

—¿Notaban en él algo anormal?

—Nunca. Era sencillo, afable, hablaba con todos.

—Todos estos detalles—decía Manuel—me afirman en la idea de que ha sido asesinado durante un paseo a la Boca del Infierno. Pero, ¿por quién?

—Busque usted—suplicaba la madre—. Puede que se trate de un accidente, de un mareo, como dicen algunos, pero el corazón me dice que a mi pobre hijo le han asesinado.

Manuel seguía buscando. La víctima se había ido de Monte Estoril a las Maças, y de allí a la Creiceira y Arenas do Mar. Era allí donde se perdía la pista y aquél lugar estaba demasiado lejos de la "Boca del Infierno" para que hubiese podido ir a pie. Además, hacía ya tiempo que se marchó de allí. En vísperas de su muerte habitaba en Lisboa en un gran hotel, y se proponía ir a visitar a su madre. Sin duda, había ido desde Lisboa a la Boca del Infierno. ¿Con qué objeto? ¿Solo? Ese era el misterio que era preciso descubrir.

Manuel visitaba todos los sitios donde el muerto había vivido, buscando, investigando. Se diría que le conocía ya, que vivía en su compañía. Le llamaba la atención aquella afición extravagante de vivir al lado del mar siempre. Notaba que en las playas más solitarias, en los lugares en que el mar era más salvaje, más potente, se detenía más. Le desorientaba aquel extraño capricho de un muchacho joven y feliz.

V

Al fin, creía tener en la mano la revelación. En aquel hotelito de Arenas do Mar, donde se instaló siguiendo las huellas de Francisco, le habían dado aquel legajo de papeles que el muerto se había dejado en el cajón de su armario.

Manuel temblaba de emoción. Recordó a los que le habían dicho que el joven pasaba mucho tiempo escribiendo. El no había dado importancia a aquello. Pensó que le escribiría a su madre...; no se fijó en el detalle.

Ahora, aquel enorme legajo de cuartillas escritas por un solo lado, con un tipo de *Memorias*, de cosa íntima, le iba, estaba seguro de ello, a revelar el enigma.

Allí encontraría sus pensamientos; sus secretos; la indicación de quiénes habían sido sus amigos; la clave para hallar al asesino.

Presa de una gran emoción, Manuel se encerró en aquella habitación, donde había vivido Francisco, y extendió ávido los papeles sobre la mesa, bajo la luz de la gran lámpara de gasolina.

Las cuartillas no estaban numeradas. Pero llevaban la fecha de los días en que estaban escritas, al través de un par de años.

Estaban escritas en diferentes sitios; en todos los hoteles en qué había estado.

Dominando su deseo, Manuel ordenó las cuartillas antes de comenzar la lectura.

¿Qué era aquello? No podía darse cuenta, no podía juzgarlo. Era el diario más extraño que supuso jamás. Aquel diario no hablaba de nada de lo que Manuel pensaba encontrar.

Eran sólo acuarelas hechas con la pluma, con un amor, con un ternor, con una adoración al mar.

Leyó las primeras páginas:

"*Marina 1.ª*—Una puesta de sol blanca. El mar está sereno, gris; olas cortas se rizan sobre sí mismas y apenas se extienden por la arena ni bañan las rocas.

El sol es blanco y frío, deja caer sobre el mar ese arrollo de luz que vemos siempre llegar en línea recta hasta nosotros. Es un rayo de luz casi inmóvil. Está el cielo gris claro como el mar.

Pasan algunas nubes ceniza, tenues, muy bajas, que caminan de prisa, y parecen la columna de humo de un barco lejano que el viento trae hacia nosotros. En el fondo, pegados al agua, se vislumbran los tenues colores del iris; como si el círculo mínimo que limita el horizonte visible fuese un arco iris perdido y nebuloso.

Antes de llegar a él se oculta el sol bajo un jirón de nube como un parasol. Se le ve brillar detrás, encendiendo los bordes de las nubes con su luz débil y lechosa; brumas pizarra se interponen. No se verá su momento supremo de sumirse en el mar; sólo un reflejo amarillo por cima de las nubes, que se apagará como se apagó el reguero de su luz opaca en las aguas blancuzcas. En este crepúsculo frío, incoloro, crepúsculo de silencio, de luto, se exhalta el perfume del mar hasta producir la embriaguez. Es un olor penetrante que parece abrir los poros. Cada poro besa y bebe el aire impregnado del aroma fuerte y tónico que dilata el pulmón. Huele a rocas, a algas, a sol... Es olor a sandía recién partida, olor a mariscos, olor a yodo... Olor indefinible de unas rosas que no hemos visto, de unos jazmines que no conocemos. El olor de un jardín submarino y fantástico.

Es un olor comestible que se absorbe con ansiedad. No podría imitarse ese olor. No puede hacerse extracto de mar. Pueden oler violetas y claveles en el salón; puede perfumarse el cuerpo de sándalo, de heliotropo o de benjuí. El perfume lejano de la Arabia se quema en una alcoba de Occidente sin que resulte anacrónico; el incienso se convierte en profano sin gran esfuerzo y pasa del místico uso a la voluptuosidad. Este perfume se rechazaría fuera de aquí. Es alma del Mar, carne del Mar, perfume del Mar; hace vivir el paisaje como la música de las olas.

Marina 2.ª—Mar verde claro, mar de crespón rizado; rompen las olas a mayor distancia y las espumas se tienden sobre el agua como espumas de jabón. Tiene el cielo un azul claro que rima con la tonalidad del mar; es un día claro, transparente, se divisa todo lo largo de la orilla, con sus radas, ensenadas y pequeños promontorios. El cabo lejano deja ver la silueta de la torre de su faro, con esa construcción militar de las torres de faro, altas y escuetas, mástil de navío que desafía al viento y que un día parece que se ha de quebrar o que ha de salir navegando, arrastrando en pos de sí la roca como un inmenso casco de bergantín partido por las olas, sin jarcias ni cordaje. Esa otra rompiente, lejana de la rompiente de la orilla, da la idea de otra playa escondida, una playa que se quedó oculta, conquistada por el mar en alguna alta marea que no descendió jamás."

***

Saltó unas páginas.

"No se refleja el sol en el mar. Es una luz fundida y dulce en la que el movible rizado de crespón de la superficie no pierde los tonos opacos del rayo y gris en un tono unido y compacto.

La marea crece, empieza a cubrir las rocas, y la ola que se retira y las olas que vienen, toman unos tintes claros de un verde tierno y de un violeta de amatista, al henchirse y levantarse con los reflejos de la roca y de las algas bajo las claras linfas. Algunos momentos se parecen las olas a esas grandes bolas de cristal dentro de las cuales se han encerrado pétalos de flores y plantas frescas. Domina el matiz verde, un suave y tierno verde Veronés, que da el reflejo del musgo. A lo lejos, en el límite del horizonte, brumas que fingen la tierra hacen perder la idea de la inmensidad. En el pálido azul de luz del cielo algunas neblinas tenues como gigantescas telas de araña de un dulce tono marfil. No cruza ni un vapor, ni una lancha, ni un pájaro. ¡Calma santa rumorosa y movible de la Naturaleza, palpitando en los latidos de ese corazón inmenso suyo que es el mar!"

Manuel se detuvo, hojeó las cuartillas sin poder disimular su mal humor. ¡Era todo lo mismo!

Hizo un esfuerzo y continuó la lectura:

Marina 4.ª—La marea alta cubre las rocas y se extiende en anchas olas de encaje blanco sobre toda la playa. Tiene ese encaje blanco sobre el fondo verde muy claro de la rompiente un dibujo de encaje veneciano. No en balde las mujeres de Venecia tomaron de ellas los dibujos con que bordaban las redes de sus amados y les sugirió la idea de fijar su imagen en las tenues mallas del hilo.

Quisiera apoderarme del dibujo y no me da tiempo. Antes que la mirada lo fije se deshacen sus guipures, se abren sus calados, se estira su red y sus randas se rompen. Luego aparece otro pedazo rehecho y deshecho a un tiempo mismo. Las crestas de las olas se encrespan con furia, y en ellas se vuelve y se revuelve la espuma, que parece tomar consistencia, espesarse, cuajarse, hasta que luego se precipita sobre la otra ola que se retira, y sustituye con su encaje el encaje que ha roto. La playa está toda vestida de encaje blanco, vestida de novia. Las playas son las novias del mar.

A lo lejos, el agua tiene ondulaciones, como altozanos y grietas, collados y

cañadas de agua, montecillos y valles que se mueven y parecen avanzar en su ondulación continua. Se siente la fuerza radioactiva del mar. Su color es pizarroso en el fondo, y verde claro limpio y vivo en la rompiente. El cielo es celeste y copia el encaje de la ola. Sus nubes, tendidas desigualmente, aborregadas, reproducen un encaje roto. Son nubecillas muy blancas y muy transparentes, entre las cuales juega el sol.

Se diría que las randas de encaje de la playa está dibujado por ellas, con esos arabescos con que dibuja en la arena de los jardines las siluetas de las hojas y de las ramas. Es como cuando el sol se filtra a través de una gran cortina de encaje y su dibujo se marca sobre el suelo.

En el horizonte se condensan nubes albas, formando una faja anchísima, en cuyo blancor lechiterno resalta el agua gris pizarra. Este mar en marea alta da una idea de fecundación, de plenitud, está henchido como un inmenso seno cuya leche se escapa en chorros bullidores, entrecruzados, batidos, para tenderse en el níveo encaje que engalana toda la playa. Suena el oleaje como chorros de leche en el cuévano, desde donde se desborda, cae y se desparrama la espuma blanca y burbujeante."

La mano nerviosa del lector dejó pasar algunas páginas.

Marina 15.—El mar está tan sereno que no tiene color. Es como un cristal con azogue o más bien como una lámina de acero bruñido, de esas que sirvieron de espejo a los romanos, y que tenían siempre algo de ligeramente empañado, como por el vaho de un aliento perfumado y ligero.

Las olas llegan como dormidas y perezosas, no revientan y se extienden con su continua pujanza, se rizan sobre sí mismas, como sobre un carrete, y su espuma, de cristal, de burbujas de aire, es apenas una orla, un festón de las aguas, que no se separa de ellas. El cielo está sereno y desierto, con un frescor de amanecer. De las altas rocas negruzcas que forman los extremos de la ensenada, cae como una cortina esa planta rastrera, que extrae el jugo de la tierra estéril, de los arenales y de las rocas escuetas, planta pencosa, cuyas hojas son palas triangulares, de un verde aguanoso o de un rojo de rubí. Abren en ellas grandes flores redondas, parecidas a la flor de nopal; son amarillas unas, carmesí otras, y sus pétalos, menudillos y fibrosos, abiertos en torno de la corola brillante, visten la cortina de enredadera que cubre la tierra, y toman un color de estrellas en la extensión del acantilado. Abajo, en el fondo del agua tan limpia y tan clara, agua de nacimiento o de lago, se retrata la silueta de las rocas con su cortina verde y florida. A veces, la mano que sostiene el espejo tiembla ligeramente, y rocas y flores se estremecen y se entrecruzan allá en el fondo, mientras que arriba todo sigue inmóvil, y las flores se abren para recibir el sol.

Todo el cielo está cubierto de una nube compacta, pero tan tenue, que el sol se adivina detrás de ella. A veces, lucha, las rompe, y se asoma un momento, sin luz y sin rayos, y pronto se vuelve a cubrir. En el horizonte se confunden mar y cielo en la misma tonalidad transparente, y la vista no sabe distinguir el límite.

Aparece un vapor como subiendo la cuesta, y continúa siguiendo la linea curva del horizonte. Su columna de humo negro mancha el cielo, y en torno de su proa saltan espumas. Parece que debiera oirse el ruído del cristal que quiebra con su espolón, y que aquella espuma rebullente la forman los pedacillos de vidrio que saltan con el choque."

Manuel volvió a detenerse para encender un cigarrillo. Quería enterarse del contenido del manuscrito y no tenía paciencia para leerlo todo.

Empezó a saltar cuartillas, a leer sólo párrafos, trozos sueltos de aquella multiud de Marinas, en que el enamorado del mar había fijado con observación tan sutil todos sus aspectos, sin perder detalle, con verdadera devoción.

Marina 30.—Color siena, la arena de la playa está alisada y brillante. Un reguero de pasos de pies desnudos la cruza de un lado a otro, macula la unidad que sugiere la idea de un silencio y de una paz profundos.

* * *

Marea baja: se han quedado al descubierto las rocas, desgastadas por el agua, que labró entre ellas profundos surcos, invadidas ya por la arena. Presentan el aspecto de uno de esos mapas en alto relieve, en los que se imita la superficie sinuosa de las montañas. Parecen restos de piedra quemada, lava de un inmenso volcán en que ardió el mundo. Oquedades, asperezas, aristas, les tejen una red esponjosa con algo de panal. Dan idea de algo más duro que el granito, más duro que la piedra más dura entre las piedras más duras.

Invade el agua los surcos y se extiende por ellos blandamente, son un reposo de su conquistadora. Allí huye y descansa de las tempestades, y permanece entre los cocones, aislada y cristalina. Pero las olas volverán a buscarla, dentro de unas horas, cuando llegue la alta marea, y se la llevarán de nuevo consigo, dispersando sus microscópicas gotas en la vorágine de su inmensidad.

Sigue bajando la marea. Algún pececillo costero queda nadando en esos cocones, con giros rápidos, arqueado el cuerpo de esqueleto flexible; abierto el timón de su cola en forma de hoja de trébol; levantada la raspa del lomo como vela latina; movibles las aletas, en movimiento de remos; henchidas las agallas, prolongado el hociquito, con su desdoble de vidrio fino, que empuja el agua. Se remonta de vez en cuando a beber aire, para sumergirse luego lanzando burbujas perladas entre el azul.

Sobre las duras rocas aparece vegetación. Manchones verdes, verde mar, anticipo de jardines submarinos. Musgo con ramas recortadas como ramas de coral, algas de formas caprichosas que se mecen en el vaivén de la ola, ajomates, moho de la piedra o césped de la lejana pradera oculta. Todas estas plantas tienen algo de animal, de pólipos. Nacen planta, y en el transcurso de los siglos se transformaron, como el embrión del género humano, empollado por el mar. ¡La venerable cuna! Todos esos morcillones en racimos, pegados a las piedras, son plantas aún; las ortigas que se mecen como los tallos de la cebada recién nacida, dan el más bello ejemplo del animal-planta. Esas hierbas son todas vivientes, como los corales... esas lapas, en cuya concha nacen matas menuditas, flora de un mundo microscópico, fueron plantas también. Quizás estos caracoles de formas diversas son capullos de flores que comenzaron a vivir antes de abrirse, como esas "estrellas de mar" que son pétalos de flor en su plenitud. Hay que temer a las plantas. Son microbios que se comen la tierra y el mar, como son plantas los microbios que nos destrozan y se comen nuestras vidas.

La marea sigue bajando. Se descubren nuevas rocas, arrecifes de menudos peñones, ocultos por el agua. La rompiente de espuma blanca levántase apenas mansamente y viene rumorosa, batida, a acostarse en la arena. Está el mar sereno, se extiende manso y gris a lo lejos. Apenas da idea de su movimiento ese ligero bachidrán de la ola que viene hacia la tierra en esa lucha constante en la que siempre el agua gana lo que pierde la tierra, mientras que a un mismo tiempo la tierra gana en otro lado lo que hace perder al agua.

Es lucha sin tregua. Sea cualquiera el viento que lo impulse, el mar no tiene olas hacia adentro. Viene siempre a batir contra la tierra, ya la azote o ya la bese.

* * *

Revienta el bachidrán en la espuma rizosa de vendas de encaje.

A veces comienza a iniciarse la espuma en un punto y corre y se extiende como pólvora encendida. Aparece otras en varios puntos a la vez para unirse en la línea que se prolonga elevada sobre el nivel de las otras espumas hasta ir a

aplanarse y tenderse en la arena. Algunas rompen tan lejos que su espuma blanca y cuajada se esparce sobre el fondo azul del agua sin llegar a la orilla.

Todas dan la vuelta sobre sí mismas, se hinchan como un rizo; parece que sacan la espuma de dentro de aquel seno henchido.

***

Baja la marea. Cada vez las dobles ondas claras, desiguales y superpuestas que lamen la tierra, tienen menos fuerza y cada vez el bachidrán es más violento, revienta más lejos, deja manchas aisladas y blancas sobre la superficie; aparecen más escuetas las rocas. Alguna ola audaz alcanza a llegar más lejos sobre la arena, que, viéndola débil, la absorbe con su sed insaciable, sin dejarla volver. A lo lejos, el mar en calma está desierto, es como un espejo empañado que no refleja nada; es como otro cielo semejante a ese cielo gris, unido y nebuloso en el que se ha perdido la idea del sol y de los astros. Cielo de acero, frío y compacto, cuya luz no se sabe de donde viene. Cielo opaco, bajo, pesante, que se une allá a lo lejos, sin dejar adivinar bien su unión, con ese mar frío e incoloro que rima con su color gris y frío. Es como un ala de la melancolía tendida sobre el mar. Perdió el agua su color, se hizo opaca, pesada, en el fondo una pequeña franja violeta; en la orilla la espuma blanca. Una tristeza profunda invade la playa desierta, las rocas reveladas. El miedo del abandono eterno de esas aguas que se alejan, se van, se van más y más. Sigue aún bajando la marea.

Marina 80.—La naturaleza está enferma, su color pálido, su cielo entoldado, este color gris sucio del mar. No es el mismo mar.

Un mar de agua de fregar. El horizonte se ha acercado, el círculo que vemos es escaso; entre la niebla color humo del cielo y la rompiente lejana que lo cubre todo de espuma, sólo se ve una faja oscura, manchosa, de un verde revuelto con color siena. La espuma cubre todo el mar, está tan batida, que da impresión de ser una cosa sólida, masa de merengue, pegajosa. Tiene un tinte amarillo, repugnante; es que la tempestad lo remueve todo y trae el limo, las heces del fondo. Ya no forman encajes, son el copete de un helado bien batido, denso, espeso. No llegan tampoco a la playa. En ella hay un remanso de agua clara que se ha escapado a las espumas y la baña mansamente. Ese mar blanco no tiene belleza. No hay cielo. Lo tapa todo el humo gris y la claridad llega filtrada por ese toldo, sin valores, todo unido.

La naturaleza es un acorde en gris y blanco, de una frialdad abrumadora. Las olas se revuelven como torturadas; no vienen rectas, se levantan de todos lados, se entrecruzan, se baten. Tienen una fiebre dolorosa. El mar sufre. Lo mancha ese espumarajo amarillo que aparece sobre las espumas, que se queda hecho una mancha cuando ellas se deshacen. A veces las espumas se separan y el agua que aparece bajo ellas es semejante a una sima profunda, un agujero negro, un abismo ignorado de desconocidas profundidades, algo que aterra y que parece quedar protegido por la capa de la espuma, que es algo así como esas redes que ponen los titiriteros bajo los trapecios para el caso de una posible caída.

Marina 103.—Como la Iglesia tiene sus días en que son simbólicos los colores y se impone el rito morado o el rito blanco, la Naturaleza tiene también colores diversos. Hoy sus oficios han sido en amarillo. Se ha puesto el sol entre tonos amarillos, sinfonía amarilla. Rito amarillo.

Era un amarillo maduro, un amarillo luminoso, aristocrático amarillo de galones de oro viejo.

Hasta el aire tenía un reflejo de amarillo dorado y olía a membrillos maduros.

La misa de la Nauraleza es larga. Se alza por la mañana la hostia y puede adorarse muchas horas en su custodia azul, más o menos velada, hasta que a la tarde se realiza el misterio supremo de la comunión. Es ese el momento de sumirse el sol en las aguas o hundirse en la tierra como brasa encendida que se apaga. En esa comunión se une la Naturaleza entera y el misticismo panteista llena el alma. Asistimos a la muerte de un Dios. Ese sol es un Dios que muere. Mañana vol-

verá a alzarse otra hostia de la inmensa patena de los días; pero para nosotros no será ya ese sol nuestro, ese sol de hoy: será otro sol.

Marina 104.—Hay como tres cielos. Un fondo azul, de un azul un poco violeta, como desteñido por la lluvia, que aparece y se borra de vez en cuando, allá muy arriba.

Hay otro cielo de nubes brillantes, nácar luminosa, en grandes masas compactas, cuajadas de luz; y hay un cielo muy bajo, enormes telarañas de humo que correr empujadas por el aire.

El mar tiene un profundo verde gris. Las olas se alzan a una terrible altura, todo el mar son olas. Se diría que allá en alta mar encuentran un escollo enorme, desconocido, contra el que chocan y revientan. Es como si durante la noche hubiesen aparecido islillas en todo el mar, un arrecife desconocido que las olas se entretuviesen en derrocar y combatir con furia; las montañas de olas revientan fuera, contra ese obstáculo imaginario, se las ve alzarse y estallar en espumas que se tienden por la superficie.

Y allá a lo lejos camina un barco, un gran vapor, contra el que chocan las olas, sobre el que saltan con furor. Se le ve imponente y magnífico, cabeceando, pasando por cima de ellas, humillándolas.

Es lo único que da vida al paisaje, ese vapor y un pequeño pato, de cabeza negra, que en el remanso del mar cerca de unas rocas está gallardo y erguido asomando su cabecita que tiene algo de la proa de esos barcos de Vikinys, cuyas influencias se buscan en el arte Oriental o Bizantino y que sin duda se inspiraron en la arrogancia de una cabecita de cisne o de pato, surcando las olas con la gallardía de una góndola; el animalillo se sumerge en la espuma revuelta para coger algún pez. aparece luego sereno, tranquilo, desafiando en su pequeñez la inmensidad del mar embravecido. Con admirable instinto se lanza hacia afuera para hundirse mejor en la blandura de la ola cuando ésta amenazaba con estrellarlo contra las rocas. Un reflejo de sol, cernido entre los celajes ilumina el paisaje desolado y triste.

Marina 200.—El mar está en calma, lechoso y frío. Llueve; caen gruesas gotas que forman en el gran espacio lejano una cortina de finas cuentas como esas cortinas japonesas, que son todo flecos; una cortina de cuentas de ópalo. Parece que todo es agua, el mar, el aire y el cielo. Las gotas al caer en el agua del mar hacen saltar chispas de ellas, como si fuesen piedrecillas de pedernal que chocan. Parece que hierve la superficie del agua revuelta por el azote de las gotas de lluvia. ¿Se mojará el mar de esta agua dulce y virgen que le envían las nubes? El tono del cielo es más claro allá, hacia el mar lejano, que en la parte de tierra. Brota de la sierra la tempestad que una mano invisible empuja hacia la costa. Es de la tierra de donde viene la tempestad. Se la envía la tierra al mar, es ella la que lo inquieta, la que lo encrespa, la que lo azota; la que parece celosa de que él tenga también caminos, carreteras, rails, por donde caminan los hombres.

Es como un toldo negro el que sale de detrás de la sierra, espeso, profundo, amenazador. Avanza, avanza lentamente, pero siempre se aclara y se desvanece sobre el confín del mar, ya llega sobre nosotros modificado, en su negrura.

* * *

El mar continúa en calma, cae el manto de la lluvia ya con menos furia; en el fondo de esas nubes no hay electricidad; no hay rayos ni truenos. Guardan como un recuerdo de sol que allá en el fondo hace brillar un triple arco iris apoyado en las aguas, saliendo de ellas; el collar de Amnon que despliega Istar como símbolo de paz; la bandera de la alianza después del diluvio... poco después la cresta de las olas comienza a dorarse con la plata de un reflejo de sol, débil, tímido, algo amarillento... un sol mojado.

Marina 205.—¡Qué magnífico acorde en gris! Está gris el mar, gris de

acero a medio enfriar, gris de Anatita, brillante. No hay olas, no hay espumas, la arena alisada, planchada; es gris también, en un gris mezclado con sepia; las rocas son gris violeta y el cielo es gris de cristal empañado, las nubes son todas grises, de un gris de bronce, como grandes masas fundidas en una inmensa turquesa de formas vagas. Hay una solemnidad incomparable, una majestad que no puede describirse. La naturaleza ha vestido de luto; está imponente en su tonalidad gris y fría; se refleja sobre la tierra, las sierras al fondo tienen un gris pizarra y las cumbres están envueltas en la gasa gris ceniza.

Tres barcos de vapor pasan a lo lejos y su humo gris también es como otra faja de nubes tendida en el horizonte, limpio de celajes. Si no fuese por la marcha de los buques tendríamos la impresión de la inmovilidad con esta solemnidad gris.

***

Acorde en verde. Verde claro, verde tierno, verde de hierba recién nacida en la raíz de la espuma, verde diáfano y luminoso. Se va haciendo más oscuro, sin salir del mismo tono, hasta que allá a lo lejos se torna de un verde denso, profundo; es ese mar verde como la cola de un gigantesco pavo real.

El cielo es claro, de un celeste-verde-agua, muy luminoso y muy tenue. Hay una manada de borreguillos paciendo en la pradera del cielo; según aparece rizado, aborregado, con los vellones de lana blanca. Vienen las olas a batir las peñas de la costa, lavadas y pulidas por el mar. Las puntas están redondeadas y se asemejan a grandes torres derrumbadas por el contínuo batir del agua. Avanzan grandes piedras, especie de *dolmens* enormes, hay fósiles de conchas incrustados en piedras calcáreas; hay oquedades que penetran bajo los cimientos de la orilla y donde entra el mar con mugidos de vaca. Está como partida la costa por un cataclismo que quebró la tierra y son como sillares de edificios caídos y arruinados todas esas grandes peñas, esos enormes cubos de piedra, que bate el agua saltando sobre ellos con furia.

***

¿Por qué azotan siempre las olas con furia esas puntas salientes? ¿Es que el mar tiene odio a los cabos? Están clavados en él como espinas y esta es la parte más occidental de Europa, el avance más audaz de la tierra, por eso las olas tienen una embestida de perros rabiosos, son los azules canes que ladran en Caribides, acometen y muerden. A veces, parecen más bien tigres que saltan y afianzan las garras, resbalan y saltan otra vez. Esas gotas que chispean contra la piedra y se desparraman con ruido de aguacero en el tejado tienen fuerza de chispas de pedernal.

Marina 306.—El mar está muy azul, un azul oscuro, fuerte, atormentado, bajo un cielo muy claro, después de la tempestad. La espuma se irisa de sol, con reflejos dorados y parece brotar de un celeste mar claro, que tienen las olas cerca de la roca.

El viento hace correr las nubes bajo un cielo muy azul. Se levantan grandes olas, que revientan en un torbellino de espuma blanca. Tropiezan con el viento, que las impulsa y levanta en ellas un polvo blanco, una cabellera de plata que se tiende hacia atrás; se levanta alta y cae y se pierde sobre la movible ondulación.

El sol se pierde en un crepúsculo sin gloria, entre las nubes amontonadas en el horizonte, tan densas, que nos roban el momento solemne de la consumación.

Han traído las olas una caja cerrada y la han depositado sobre las rocas, suavemente, sin romperla. ¿De dónde la traen? ¿Es lastre arrojado por algún barco? ¿Es el resto de un naufragio? ¿Se encierra en ella un misterio? Es interesante todo objeto que aparece en el mar... Se ha quedado en seco en una roca. Saltan hom

bres y mujeres a cojerla... Es una caja llena de limones, limones de España, olorosos, jugosos, amarillos. Ni siquiera ha borrado el agua la leyenda del papel de seda que los envuelve. ¡Qué probo es el mar! Devuelve a la tierra todo lo que es suyo. Rompe, destroza, sumerge como un niño que juega, por travesura; pero luego le lanza los despojos de todo a la costa. De lo que la tierra le roba al mar no le restituye nada.

Marina 470.—Una gran nube oculta al sol. El se escapa travieso por su espalda y va a dejar caer sus rayos sobre el mar. Se diría que siente estar oculto por no poder ir a bañarse en el mar.

Gracias a su estratagema, los rayos fugitivos caen en un haz, semejantes a un reflector. Iluminan en la serenidad del mar un espacio que parece de plata líquida y fría. Un glacial de plata. Al enfriarse, parece que la cubre una débil piel de plata, piel de agua.

Queda como uno de esos focos iluminados por un foco en el inmenso océano

Se espera ver surgir la actriz. La ondina desnuda, pura, perfecta de formas, sin rubor y sin impudor, serena, para danzar en ese espacio iluminado. Muy blanca, con los brazos desnudos. Los más bellos brazos blancos del universo.

Marina 471.—La luna riela en el mar. Se mezcla al agua salada un arroyo de luna. Parece que la luz de la luna deslíe en el mar algo del astro. El mar y la luna tienen más intimidad que el mar y el sol. Quizás el mar es el enamorado de la luna, tiene las grandes mareas para subir hasta ella cuando se le muestra en su plenilunio. El mar tiene una sed de luna como la que los sauces sienten del agua. Es el eterno atormentado que no la alcanza jamás, pero ella lo engaña, se le entrega, hay noches en que él la posee. ¿Cuál es la verdadera luna: esa de ahí arriba o la que tiembla de amor en el fondo del agua?

Es lástima que no pueda retratar el agua del mar con igual fidelidad a las estrellas. Sería maravilloso navegar con la ilusión de caminar entre astros, de ir envueltos en un doble cielo, de tropezar a Sirio o a Aldeharán con la quilla de nuestra nave. Pero las estrellas no bajan. La luna sí. Un día se ahogará en el agua, se precipitará en ella, se deshará, en un arranque de pasión. La luna caerá en el mar.

Marina 508.—El sol es como un ascua roja que quema las pupilas. Le miro fijamente y le veo como si girase en vueltas vertiginosas. El crepúsculo está de rojo y tiene tonos ceniza en los lugares donde lo ha calcinado ya el incendio. Hay brochazos de oro en las nubes, jirones de oro, arroyos de oro.

La luz lo tiñe todo de rojo y de dorado.

Marina 510.—Hoy pasean los *Delfines* por el jardín del mar; debieran llamarse *Delfines* en vez de *Golfines* para dar mejor la sensación que nos producen. Van cerca de la orilla, más allá de la rompiente. Caminan dos a dos y se les ve saltar, juguetear, chapotear en el agua. Parecen guarrinillos, recuerdan al hipopótamo, tal aparece su piel charolada y luciente al sol. El mar está claro, verde claro. Se espera ver pasar una procesión de sirenas y tritones llevando en un trono de algas y corales a la princesa del mar. Los Delfines son como los Heraldos, como esos chicos que juguetean y se atropellan delante de todo cortejo; así van de revoltosos y juguetones.

Sobre ellos vuelan gaviotas. Ellas tienen la sensación de la realidad; saben que los Golfines persiguen la gran mancha de peces, y los siguen tratando de sacar también su parte.

Vuelan sobre ellos, con ese vuelo de las grandes alas, que parecen de trapo, desarticuladas, vuelo sin gracia, vuelo de abanico movido con descuido, movimiento de mano de tonta que dice adiós.

A veces se sumergen y vuelven a salir después de breves momentos, para continuar su vuelo casi inmóvil cerniéndose en un mismo sitio, con el batir de sus alas de trapo.

El sol se pone blanco y magnífico, sin cambiar de color ni tropezar con un celaje; claro y transparente en el reposo de la tarde clara y transparente.

Marina 615.—El mar es como un lago. Tan claro, tan transparente, cristalino,

El suave rumor de la ola que se riza sin espuma, con una ligera orla de festón lechoso tiene algo de sonido de silofón.

Barquitos de pescadores juegan sobre el agua, con la vela blanca en punta, gallarda vela latina, señora del mar; parecen barquitos de papel en la superficie de un estanque.

Algunos tienen velas cuadradas de colores, antiguas velas fenicias, cuya tradición se perpetúa aún aquí. Se ven varadas en la arena algunas de esas barquillas, de alta popa y aguda proa, que recuerda las legendarias libúrnicas. Detrás de ellas, sujetas por decorativas maromas, un manojo de anclas afianzadas en la tierra, con esa belleza de las anclas, garras que se clavan en el fondo del mar; y un montón de jarcias, redes, anzuelos y corchos, todo mojado, revuelto con la arena, oliendo a algas y a mar.

Hay barquillas cercanas que dibujan su silueta; hay barquillas allá a lo lejos que sólo asoman la punta de su vela subiendo la cuesta, la eterna cuesta del mar, cuya planicie nos da la sensación de estar más alto que la tierra, de ser una montaña.

El sol se pone en amarillo. Es una tarde toda amarilla; un crepúsculo de oro. Se tiñe en amarillo el mar, el aire está dorado, las nubes brillan con un puro amarillo de bronce bruñido, de oro viejo, pálido. Se ha vestido de oro la naturaleza, con su cota de mallas de oro; se ha enjoyado con todas sus joyas; son aros de oro macizo todos esos que se incendian en luz dorada cerca del sol, que desciende como una moneda de oro americano, imagen de sí mismo, que vuelve al tesoro de los Incas.

Marina 620.—El mar está atigrado, manchoso como la piel de una pantera. Es como un símbolo esa inmensa piel de agua en la que campean manchas oscuras, color alazán, manchas amarillo de ocre, manchas verde-mancha y manchas azulosas y blancas. Es el símbolo ese recuerdo del tigre, en ese agua mansa, siempre inquieta, siempre dispuesta a levantarse, a precipitarse en la tierra, a batirla y socavarla. Tiene algo de hipócrita la caricia de los días serenos; es mansedumbre de tigre, de gata, de mujer sometida que acaricia a quien odia.

El sol aparece entre un reflejo rosa salmón, se asoma tímidamente, sin rayos, como una luna de azogue, una luna más brillante que la otra, menos ardiente de color; es un globo de luz dulce que no tarda en enviar un haz de rayos, tendidos, largos, prolongados sobre el agua, que parece que nos van a alcanzar. En la serenidad del cielo limpio del amanecer no hay nubes; en poniente se ven las últimas sombras que la luz empuja hasta allí. Es más oscuro el cielo hacia aquella parte. A Oriente está esa neblina rosada, cernida; polvo que levanta a su paso el carro del sol.

Dos barcos de alto bordo pintados de claro cruzan a lo lejos. Cerca de la orilla agitan las olas las gaviotas, recordando a los viajeros esos pañuelos blancos, desmadejados, que en el puerto de partida se quedaron diciéndoles adiós.

Marina 621.—Hay un mar de moine. La gran llanura verde y rizada se halla cubierta de puntitos blancos bordados en la superficie. Olas pequeñas, rizadas y deshechas en pocos momentos, parecen nenúfares que suben a fecundarse y siembran de sus flores todo el verde del océano. A veces recuerdan los jazmines y los pétalos de rosa blanca que caen sobre el manto de una imagen al pasar la procesión. Ofrenda de las aguas a la Virgen del Mar, que es quizás la más poética y la más poderosa de las vírgenes; la virgen que hace brotar las azucenas en la arena salitrosa e infecunda. ¿Por qué no es verde de mar el manto de la Virgen del Mar?

El sol avanza hacia en medio del cielo. Las nubes tenues se han desplegado como un abanico, forman como un inmenso abanico, de varetas estriadas, sin vitela, abanico de plumas rizadas, cuyo extremo se apoya en la sierra pizarrosa que se tiende al fondo, con su perfil redondeado, gracioso, lleno de sinuosidades, donde se tienden apacibles pueblecillos, millares de casas, refugiados de la tempestad en sus repliegues; casitas muy blancas, de tejados muy rosas.

Y allá en lo alto, rocas peladas, almenas de una vieja alcazaba morisca, y la

esbelta torre de un palacio que lo domina todo. Las gaviotas parecen flores, de esas flores de espuma que se levantan y vuelan, y, a veces, las espumas parecen gaviotas que se bañan.

En la playa vuelan golondrinas, con sus vuelos rápidos, curvos y graciosos; quizás acaban de cruzar su inmensidad con ese admirable instinto que les advierte cuando hay primavera en el otro hemisferio desconocido. En lo alto vuelan aviones, con su forma de flecha, que se lanzan en vuelos rectos de líneas quebradas, vuelos ciegos. Se confundirían con las golondrinas si no fuese porque ellas vuelan con una gracia muelle y flexible y porque ellas se han traído su camisa de pechera blanca entre su traje negro de etiqueta para presentarse en Europa bien vestidas. Hay la misma diferencia entre los vuelos de aviones y golondrinas que en el andar de una mujer graciosa y joven y una pobre anciana.

Da deseos de coger y acariciar a esas golondrinas que vienen a entrar dentro de la casa, que son fieles para volver, que tienen la piadosa tradición de sacar con sus picos las espinas de la cabeza de Cristo, para ser aves casi sagradas. Parece que para ellas han formado las nubes esa palmera entre cuyo ramaje podrían descansar.

Marina 623.—No existe ya ahí el mar. Se ha perdido. Debe haber un gran abismo en el lugar que ocupaba. Es como el cráter de un volcán enorme, apagado, del que sube ese polvo sutil de las tinieblas, como un humo negro y frío.

Es más densa, más oscura la oscuridad del mar que la oscuridad de la tierra. Las tinieblas salen del mar; entran por mi ventana, lo envuelven todo.

No hay tampoco cielo; se deja caer una oscuridad pesante. Da la impresión de que estamos en medio de dos abismos inmensos.

Sólo de vez en cuando el haz de rayos lechosos y sin brillo del faro aparece en la cumbre del monte vecino y se extiende como un brazo en las tinieblas, como si nos fuese a prender. Es como un relámpago, un efecto instantáneo, que hace más potente y más espesa la oscuridad.

En el confín brillan con un resplandor de incendio, de ascua ardiente, las luces de dos barcos. Jamás ha lucido la luz tan brillante como en esa oscuridad. Son regueros de luz entre la sombra, de tal modo que parece que arde la sombra, que es ella la que alimenta la luz.

Y de minuto y minuto la luz lechosa, el haz de rayos, viene como una garra enorme a tenderse de nuevo entre la sombra y a amedrentarnos con la amenaza de envolvernos y empujarnos con la escobilla sus hilos de invisibles alambres, para lanzarnos en la sombra y en el vacío.

Marina 680.—La gloria del Sol ríe sobre el Mar. Tiene un azul turquí, un azul fuerte y límpido, un azul inconfundible, un azul de azulejo, un azul de Nattier.

Y el cielo es azul también, tiene un azul eléctrico, brillante, azul de luz, como un inmenso zafiro. Ni una nube, ni un celaje.

Arde el azul entre los fulgores de un sol de llamas, que centellea y quema. Se diría que las olas juegan a aprisionar rayos de sol, porque al rizarse los envuelve y se ven rebrillar como plata ardiente en la cresta del oleaje, con resplandores fascinadores, quemantes.

Cabrillean rayos de sol en el movible rizado del agua; cada rayo reproduce en pequeño al disco con la misma intensidad de luz y de incendio. Hay un juguteo de espejuelos en los cristales del agua, que al agitarse hierven y se levantan en burbujas de plata derretida y alucinante.

Con ese espejeo de lentejuelas en su fondo y en sus espumas, da la idea de una de esas faldas de seda azul con lentejuelas y volantes de encaje rizado que ondulan, rebrillan y ofuscan en torno del cuerpo ágil de una bailarina.

Salomé ha desplegado su túnica para danzar, pisándola, en la orilla de este mar azul.

Varios niños juegan en la playa. Se acercan hasta el límite de la ola y huyen cuando ésta se aproxima. Pero no la huyen con miedo, sino con deseos de dejarse coger, de enredarse en la red de encajes, de envolverse en el velo centelleante

de las lentejuelas, de perderse en ese espejeo de sales encendidas de ardor y rebrillar en la plata líquida e incandescente que crestellea las ondas que se deshacen. Unirse y consumirse en esa belleza suprema.

VI

No quiso leer más aquel diario de obsesión. ¿Para qué? Estaba sorprendido, desconcertado, pero seguía creyendo que en realidad no había fracasado en su empeño. Conocía ahora quién fué quien empujó a la víctima. En realidad, aquel suicida había sido asesinado por el mar. El manuscrito le había dado la clave del misterio que perseguía.

Carmen de Burgos
Colombine

PRENSA POPULAR. - Calvo Asensio, 3. - Madrid. - Apartado 8.008

Dolor de cabeza, neuralgias y jaquecas desaparecen en cinco minutos con la **HEMICRANINA** del **Dr. Caldeiro.** 3 PESETAS. Pídase en farmacias.

Evita el dolor de muelas
Alcoholato
ELIXIR DENTIFRICO
Perfuma el aliento
Alcoholera. -- Carmen, 10

Treinta años. A esta edad, si no ha salido, pronto saldrá la primera cana; no debéis descuidaros, usad en seguida el agua **La Flor de Oro**, y evitaréis las canas, la caspa y la caida del cabello, conservándolo abundante y hermoso como en la edad juvenil.---Se vende en las perfumerías y droguerías.

LA NOVELA TEATRAL

Sumario de obras publicadas en La novela TEATRAL

Galdós.—49. Electra.-53. Doña Perfecta.—[illegible]. La loca de la casa.-62. Realidad.-82. La de San Quintín.-**Sor Simona.

Benavente.—9. Todos somos unos.-102. La copa encantada. - 107. El marido de su viuda. - 229. Más fuerte que el amor.-239. La princesa Bebé. - 233. El dragón de fuego. - 259. La ciudad alegre y confiada.-261. La gata de Angora.-263. La losa de los sueños.

Quintero.—66. Doña Clarines.-71. El patio. 75. La escondida senda.-88. El niño prodigio.—**Pepita Reyes.-256. El centenario.-257. La Zagala.-284. El género ínfimo.

Guimerá. — 113. María Rosa.--114. Tierra baja.-196. Agua que corre.

Linares Rivas.—16. El cardenal.-99. La cizaña.-101. Bodas de plata.-241. Cristobalón.-246. Toninadas.-250. Flor de los Pazos.

Martínez Sierra.—29. Primavera en otoño. **El ama de la casa.

Tamayo y Baus.-136. Un drama nuevo.-209. La boda de nieve.-[illegible] Lances de honor.-[illegible] La locura de amor.-177. Lo positivo.-214. Virginia.

Dicenta.—6. El lobo.-14. Sobrevivirse.-24. El señor Feudal. 38 El crimen de ayer.-60. Daniel.-69. Amor de artistas.-77. Aurora.-92. Luciano.**Juan José.

Zorrilla.—188. El alcalde Ronquillo.-130. El zapatero y el rey.-131. Sancho García.-148. El puñal del Godo.-171. La mejor razón la espada. 284. El Zapatero y el Rey (1.ª parte.)

Villaespesa.—10. El rey Galaor.-23. Abén-Humeya.-37. Doña María de Padilla.—65. La leona de Castilla.-217. El Halconero.-**El Alcázar de las perlas.-28. La Gioconda.-[illegible] Juana.

Marquina.—152. En Flandes se ha puesto el sol.-192 Doña María la Brava.-201. El Retablo de Agrellano.-222. Las hijas del Cid.-195.-El rey trovador.

Ramos Carrión.—84. El noveno mandamiento.-86. La tempestad.-95. La bruja.-155. La muela del juicio.-164. El bigote rubio.-166. Los sobrinos del capitán Grant.-179. Mi cara mitad.-123. Los señoritos.-213. La criatura.-90. La Marsellesa.-271. Agua, azucarillo y aguardiente

Vital Aza.—32. Francfort.-33. La rebotica. 38. Ciencias exactas.-39. La Praviana -45. Parada y fonda.-50-Tiquis Mijquis.-63. La sala de armas.-157. Las codornices -137 El sueño dorado.-125. El matrimonio interino.-225. Llovido del cielo.-197. El señor cura.-131. El sombrero de copa.-219. Con la música a otra parte.-191. El afinador.-200. Perecito.

Ramos Carrión-Vital Aza. - 147. El señor gobernador.-119. Zaragüeta.-183. Robo en despoblado.-151. El padrón municipal.- 110. El oso muerto.- 132. La ocasión la pintan calva. - 118. El rey que rabió.

Echegaray (Miguel).-44. La viejecita.-58. Gigantes y cabezudos.-76. El dúo de la Africana.-91. La Rabalera.-115. Los demonios en el cuerpo.178 La Credencial.-183 Los Hugonotes.-120.-Entre parientes.-111. El Octavo no mentir.

Arniches-2. La sobrina del cura.11 La casa de Quiros.-19. Las estrellas.-20. Doloretes.-21 La señorita de Trévelez.-43. La gentuza.-87. La noche de Reyes.-282. La chica del gato.-283. La heroica Villa.-285. Es mi hombre. - 286. La pobre niña.

Arniches-Garcia Alvarez.-15 Alma de Dios 17. El pobre Valbuena.-70 El terrible Pérez - 78 El fresco de Goya.-83. El método Górritz. 87 El cuarteto Pons. -97. Mi papá -124. El pollo Pejuela.-128. El perro chico.-105. Gente menuda.-122. El príncipe Casto.

García Alvarez-Muñoz Seca.-8. El verdugo de Sevilla.-12. Púcar XXI.-34. La frescura de Lafuente.-51. El último Bravo .-55. Los cuatro Robinsones.-64. Pastor y Borrego.

Muñoz Seca.-270. La plancha de la Marquesa.-273. La verdad de la mentira. - 275. Los pergaminos.-276. La razón de la locura. - 278. La cartera eel muerto.- 280. El Condado de Mairena.-141. La barba de Carrillo.-193. Faustina

Muñoz Seca-Pérez Fernández. - 267. Pepe Conde o El mentir de las estrellas.-268. La fórmula 3 K3. 73. Trampa y cartón.-27. López de Coria.-187. Los amigos del alma. 254. Un drama de Calderón. - 260. Martingalas. - 252. Trianerías.-253. La hora del reparto.-258. El parque de Sevilla.

Paso-Abati.- 13. El río de oro.-40. El gran tacaño.-116. La Divina Providencia.-206. Los perros de presa.

Perrin-Palacios.-74. La Corte de Faraón - 80. La manta zamorana. 84. Pedro Giménez.. 89. La Generala.-93. Pepe Gallardo.- 109. El Húsar de la Guardia.-142. Enseñanza libre - *Cinematógrafo Nacional-216. Certamen nacional.-194. Cuadros disolventes.-150. La tierra del sol.-223 Las mujeres de Don Juan.-146. El país de las Hadas

COMEDIAS

1. Trata de blancas.-3. El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacatúas-13. El hombre que asesinó 2 La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Primerose.-38. Raffles.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.-47. Petit-Café.-48. Los Novelistas.-54. La Tizona.-55.-Miquette y su mamá.-57. Los gemelos.-98. La cena de las burlas.-101. Franz Hallers.-103. La Tosca.-108. La tía de Carlos.-112. Fedora -117. El oscuro dominio.-121. Los ganzos del Capitolio.129. El director general.-133. ¡Tocino del cielo!-134. Militates y paisanos.-135. Muérete, ¡y verás!-139. Jarabe de pico -140. Papá Lebonnard.-143. El Revisor.-144. Blasco Jimeno.-145. El crimen de la calle de Leganitos,-146. Lo que la ley es ser.-152. Don Francisco de Quevedo.-153. La Ciclón.-156. El amor vela.-160. La señorita del almacén.-164. El Ladrón.-166. La pesca del millón.-167. El señor Duque.-169. El Gobernador de Corbeseleta.-173. Jettatore.-180. Situaciones cómicas en el teatro español.-181. El tenor.-185 El primer rorro. -189. La casa de los milagros. 190. El duelo. - 192. Los amantes de Teruel.-198. La Camasfilla.-199. Marcela, o ¿A cuál de los tres? 203.La historia del Don Juan Tenorio -207. Un negocio de oro. - 208. También la Corregidora es guapa.-209 Mister Beverley.-212. La Dama de las camelias.-215. Hamlet.-216. La caracterización y las modistas.-220. Los piropos.-221. El Gavilán.-224. Esclavitud.-226. Las vírgenes locas.-227, El soldado de San Marcial.- 230. El pelo de la dehesa.-231. El Corral de la Pacheca.-232. Envejecer - 237. El puesto de «antiquités» de Baldomero Pagés.-238. Don Gil de las Calzas verdes.-240. El arte de declamar.-242. Zazá.-243. La casa de la Troya.-244. Juventud de príncipe.-245. El mayor monstruo, los celos.-247. Magda.-248. La moza de cántaro.-251. A secreto agravio secreta venganza.--264. Mi salvador.-269. La Tierra,-272. La República de la broma. 279. Geriveldo.

ZARZUELAS

7. Charito la Samaritana.-22. Serafina la Rubiales.-46. La alegría de la huerta. 52. La marcha de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-79. El niño judío.-84. El Padrino de «El Nene».-85. La balsa de aceite.-86. El señor Joaquín.-127. Tonadillas españolas.-153. Cantables célebres de zarzuelas.-159. Ninón.-161 Los pendientes de la Tribu. 162. Pancho Virondo.-165. La boda de Cayetana.-168. Las Corsarias.-170. La Chicharra.-172. El niño del principal.-174. La Madrina.-175. Chistes célebres de comedias.-176. La suerte de Saturno.-184. La tragedia de Laviña.-202. La canción del olvido.—204. La suerte perra 205. El As.--211. Tonadillas españolas (2.ª parte.)-235. Don Lucas del Cigarral.-236. El Príncipe Carnaval.-258. La novelera.-262. Matías López.-265. Tonadillas y tonadilleras españolas (3.ª parte). - 266. Tonadillas y tonadilleras españolas (4.ª parte). 274. Tonadillas y tonadilleras españolas (5.ª parte.) 277. El chaleco blanco.-281. La Hoja de Parra.

Número atrasado: 10 cts. sobre el precio que marca el ejemplar

(***) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA

Publicaciones de PRENSA POPULAR

MADRID.—CALLE DE CALVO ASENSIO, 3.-APARTADO 8.008

ANIMALES

1. León.
2. Mono.
3. Elefante.
4. Tigre.
5. Aguila.
6. Cocodrilo.
7. Dromedario.
8. Avestruz.
9. Oso.
10. Ciervo.
11. Canguro.
12. Lobo.
13. Serpiente.
14. Gato montés.
15. Bisonte.
16. Foca.
17. Caballo.
18. Perro.
19. Hipopótamo.
20. Jirafa.
21. Rinoceronte
22. Tortuga.
23. Rata.
24. Rana.
25. Pingüino.
26. Lagarto.
27. Murciélago
28. Hormiga.
29. Leopardo.
30. Hiena.
31. Abeja.
32. Ballena

Colección completa.—Precio: 20 céntimos número

KIRIKI

1. Kiriki, Bolcheviki.—2. Kiriki, Aviador.-3. Kiriki, Caníbal.—4. Kiriki, Rey de fieras.-5. Kiriki, Aeronauta.-6. Kiriki, Apache 7. Kiriki, Detective. - 8 Kiriki, Raffles.-9. Kiriki, Cow-boy.-10. Kiriki, Piel roja. - 11. Kiriki, Pescador.-12. Kiriki, Cazado4 13. Kiriki, Nadador. - 1.' Kiriki, Saltimbanqui. — 15. Kiriki, Boxeador.— 16. Kiriki, Espiritista.— 17. Kiriki, Aladino.—18 Kiriki, Desengañado

¡COLECCION COMPLETA.—PRECIO: 20 CENTIMOS NUMERO